

da de la redomilla y del polvillo, y á prescindir de galas, y á no enrubiar los cabellos, y á criar por sí mismas á sus hijos, á pocas antaño parecerían razonables, y cuenta que no hablo de las de hoy. Y los hombres, entre tanto, elevarían á la *enésima* potencia aquel encarecimiento con que Salomón preguntaba: "Mujer fuerte, ¿quién la hallará?"

Quizás nacería entonces un bizarro cuentecillo, que recordaré para concluir. Sabido es que en ciertos días toca leer en la misa la epístola de *la mujer fuerte*, tomada del *Libro de los Proverbios*. Pues bien, uno de esos días, como en cierta misa cantada el subdiácono, mientras buscaba la hoja en que había de leer tal epístola, empezase á entonarla, cantando *Mulierem fortem quis inveniet?*, única frase que sabía de memoria, y por más que hojeaba no lograba su propósito, repetía, por llenar el tiempo, las mismas palabras, si bien alterando su colocación para que pareciesen diversas, en esta forma: "*Quis inveniet... fortem mulierem...? Quis mulierem... inveniet fortem...?*" Hasta que al cabo, desesperado ya de topar con lo que buscaba, dióse por vencido y, cerrando el misal, terminó su epístola con estas concluyentes palabras: "*Mulierem fortem... non invenio.*"

(A B C, 17 de Febrero de 1908.)

XXVIII

UNA JORNADA REAL

I

SANLÚCAR DE BARRAMEDA

Con un bizarro encarecimiento ajeno he de comenzar esta serie de artículos, que, porque el lector no se alarme, desde ahora aseguro que no pasarán de cuatro. El encarecimiento es éste:

"Tiene el ancho mar de España,
Sobre su arena un brinquiño
De esmalte y beldad extraña,
Limpio más que blanco armiño,
Pues que el pie le besa y baña:
Una ciudad que es del Moro
Miedo y de España tesoro;
Tan bella, que no dirán
Sino que es la de San Juan,
Hecha de esmeraldas y oro."

Este *brinquiño*, esta bella ciudad era y es Sanlúcar de Barrameda, y el poeta que así la ensalzaba fué

un humilde fraile dominico, natural de Sevilla y autor de un poema—todavía á estas horas inédito ¡tan poco interesa el ayer de Sanlúcar á sus engreidillos alcaldes de ahora!—, de cierto fraile, decía, autor de un poema intitulado *La Caridaa Guzmaná*. Llámole sevillano, porque él, encomiando á Sevilla, la invocaba de esta manera:

“¡Oh divina patria mía,
Noble, generosa y pía,
Madre de cuantas naciones
Pasea con sus frisiones
El planeta rey del día!”

Y ya que tan gentilmente versificaba fray Pedro Beltrán, su póstuma colaboración no me falte en el primero de estos artículos, que, aunque tratan de sucesos remotos, tendrán la actualidad que les prestan la estancia de nuestros augustos Reyes en Andalucía y el viaje que desde Sevilla y por el río han de hacer al famoso Coto de Doña Ana.

¡Desde Sevilla, y por el Guadalquivir! En buen día, y ya pasado Febrero, esperezándose la hasta entonces dormida primavera andaluza, no hay en el mundo expedición más deliciosa. Hícela muchas veces, y me sé de memoria el sin fin de galas de aquellas riberas. Nunca las contemplé sin meditar en que aquellas márgenes, á trechos taladas ahora, estaban frondosísimas ha tres siglos, sobre todo, al mediar la estación de las flores: “el pago de Gelves y San Juan de Alfarache era—dícelo Mateo Alemán—el más deleitoso de

aquella comarca, por la fertilidad y disposición de la tierra, que es toda una, y vecindad cercana que le hace el río Guadalquivir famoso, regando y calificando con sus aguas todas aquellas huertas y florestas, que, con razón, si en la tierra se puede dar conocido Paraíso, se debe á este sitio el nombre dél: tan adornado está de frondosas arboledas, lleno y esmaltado de varias flores, abundante de sabrosos frutos, acompañado de plateadas corrientes, fuentes espejadas, frescos aires y sombras deleitosas, donde los rayos del sol no tienen en tal tiempo licencia ni permisión de entrada”. Pero entonces, por la inquieta superficie del río, casi desierta hoy, cruzaban acá y allá ligeras barcas, de pescadores unas, y otras para recreación, éstas, con vistosos y tupidos toldos de ramas de naranjos, limoneros y laureles, bajo los cuales—díjelo en otro lugar—, á la par que risas francas y acordadas voces juveniles, solían escucharse el vivo rasguear de la morisca guitarra y el acompasado percutir del no menos morisco adufe, sembrado el aro de sonajuelas bulliciosas. Y de cuando en cuando, en aquel calumniado tiempo del gran Carlos y del sombrío Felipe, navegaban río arriba, trabajosamente, unos detrás de otros, los pesados galeones que traían la plata de las Indias...

De coro se sabe mi memoria la topografía, los colores, la imagen toda de aquellas lindas aldeas ribereñas, y, en especial, del pueblecito de Gelves, recostado y como desparramado en la falda de

una colina, con sus blancas y graciosas casitas diseminadas entre el verdor, ya claro, ya oscuro, de las huertas; y aquellos dos grandes cerros, el Pintado y el Balcón, cuyas cumbres se destacan sobre el limpísimo azul del cielo; y la iglesia, que se alza, como ufanándose, al lado del vetusto caserón de los Condes de Gelves; y en ella, al ras del suelo, la reja que permite á la luz del sol, un rato cada día, curiosear por la bóveda en que, revueltos con muchos otros, en dos grandes arcones, yacen los huesos de la bellísima condesa doña Leonor de Milán, primero y último amor de Fernando de Herrera, el *divino*... Apenas dejada atrás la villa de Coria, orea los rostros é inunda los pulmones con suaves oleadas la fresca brisa, que huele á algas del mar, y el río va ensanchándose, ensanchándose de milla en milla, como si avanzara á competir con el Océano. Y poco después, cuando aquella gran sábana de agua se llama todavía Guadalquivir, el inmenso Bosque de Doña Ana á la orilla derecha, el puerto de Bonanza al otro lado, y más allá, á distancia muy corta, la renombrada, la pintoresca, la alegrísima ciudad de Sanlúcar.

No he de hablar de su amplio caserío, ni de sus antiguas torres y baluartes, ni del palacio y los jardines de los Duques de Medina Sidonia, señores de ella hasta poco antes de mediar el siglo XVII; de esto, y de algunos de sus templos, y de mucho de su antigua historia, traté cuan largamente convino en los tres postreros capítulos de la biografía del insigne poeta antequerano Pedro Es-

pinosa. Dado el poco espacio de que dispongo, bástememe encarecer lo invariable y permanente de Sanlúcar; lo de ayer, de hoy y de siempre: la admirable riqueza de su tierra y de su mar, y aun ni esto haré yo, pues por mí ha de hacerlo, á las mil maravillas, ya que tan á mano le tengo, el galano y fácil poeta dominico. El cual, escribiendo por los años de 1612, la ponderaba en estos términos:

"Apenas allá en los prados
La primavera trasnocha,
Y con sus dedos rosados
A las rosas desabrocha
Los capullos apretados,
Apenas pierde su brío
Del invierno helado el frío,
Y las florecillas locas
Apenas abren las bocas
Para beberse el rocío,

"Cuando en las viñas y huertas
De aqueste puerto de mar
Las frutas, de hojas cubiertas,
Comienzan á madurar,
Para entrarse por sus puertas.

.....
"Luego el racimo pesado
Al sarmiento corcovado,
Cuando se quiere empinar,
La tierra le hace besar
Por el fruto que le ha dado.

"Esta es la uva enmelada
Que aborrece la morisma;
Fruta de Dios tan amada,
Que le dió su sangre misma,
Prueba de amor extremada.
Entran, pues, los verdes cestos,
Con sus copetes compuestos,
Y colman de uvas sabrosas
Barcos, naves, casas, chozas,
Espuertas, platos y tiestos!

"Come el negro, el scita, el galo,
 Y á cada cual satisface,
 De todos común regalo,
 Fruta, como el sol, que nace
 Para el bueno y para el malo.
 Tendiendo luego los ojos
 Por las huertas, mil enojos
 Quitan los verdes frutales
 Con sus melosos caudales,
 Blancos, negros, pardos, rojos.
 "Allí las yemas preñadas
 Se ven á trechos paridas,
 Y las frutas estimadas
 De sus cortezas asidas,
 Como á los pechos colgadas.
 Allí el membrillo pajizo
 Engorda el cuerpo macizo,
 Y las manzanas de miel
 Que, clavadas en la piel,
 Lleva á su cueva el erizo.
 "Aquí la mano gallarda
 De la primavera linda
 Le da para abrigo y guarda
 Ropa de grana á la guinda,
 Y á la pera, saya parda,
 Y la granada avarienta
 Aquí su piel macilenta
 Hincha de granos prolijos,
 Y por tener muchos hijos,
 Como víbora revienta.
 "Aquí la roja cereza
 Burla de la serva adusta,
 Y aquí, desde el ramo, besa
 Á la albérchiga robusta
 La cuartanaria camuesa.
 Aquí las nueces melladas
 Nacen vestidas y armadas,
 Y el melón, á quien, sin duelo,
 Le escribe en la piel el cielo
 Que morirá hecho tajadas."

.....

"Aquí á la breva doncel
 El cielo con su pincel,
 Como al ciclope valiente,
 Le puso un ojo en la frente,
 Para que llorase miel.
 "Aquí les da el dulce Abril
 Á las canastas y seras
 De mimbre y de esparto vil
 Mil diferencias de peras,
 Y de ciruelas, dos mil.
 La naranja regalada,
 Y cuanto el calor enfada,
 Porque es saludable y fría,
 La verdinegra sandía,
 Llena de agua azucarada."

Bien columbro, mis amables lectores, que muy de vuestro grado me perdonaréis por lo prolijo de la copia, en gracia á la fluidez y galanura con que el padre Beltrán describía. Así, y después de advertiros que no os debe causar extrañeza el no ver celebrada por el buen religioso la ultrafamosa *manzanilla* de que hoy Sanlúcar con harta razón se ufana y enorgullece, porque tal *estilo* de vino (que tomó su nombre de Manzanilla, pueblecito de la provincia de Huelva, á dos leguas de La Palma, cosa que ignoran los sanluqueños) aún no se labraba allí, ó, lo que más creo, no había obtenido el renombre que tiene ahora, volveré á dejar la palabra á nuestro buen fraile, para que enumere las riquezas del mar de Sanlúcar. Y bueno será dejar insinuado que una gran parte de este caudal ictiológico falta en nuestros léxicos; es decir, que, aunque nos tenemos por muy pobres, todavía al presente no hemos acabado de in-

ventariar nuestra hacienda: ¡tan ricos fuimos, y tan descuidados somos! Escribía el padre Beltrán que Sanlúcar,

"Por la parte de Poniente
Al mar tiene por defensa,
Del cual se ve solamente
La verde cabeza inmensa,
Con su lisa y ancha frente.
Y encima de su cristal,
Cuando se divisan mal
Las naves que la enriquecen,
Sueltas las velas, parecen
Cándidos montes de sal.

"Luego el mar, para que haya
Todo sustento sobrado,
Arroja sobre su playa
Más linaje de pescado
Que tiene flores Pancaya.
Las carpas, que son azotes
Del agua, y los angelotes,
Que en ella abren ancho surco,
Y el barbo, que imita al turco,
Sin barba y con dos bigotes.

"Dale á su tiempo la anguilla,
A quien el mar atribuye
La envidia, como polilla,
Porque de los peces huye,
Y así, desova en la orilla.

"La albina, cerúlea ó verde,
Pece tan dado á la gula,
Que si el cebo se le pierde
Y la hambre le estimula,
Sus carnes se come y muerde.
Dale el pámpano de plomo,
Y el albur redondo y romo,
A quien dió la suerte amiga
De diamantes la barriga
Y de zafiros el lomo.

"El pulpo, que, aunque le ayuda
Con mil brazos la ocasión,
Entre la arena menuda,
Del miedo del camarón,
Tiembla y mil colores muda.
El estimado mugil
Que con guerra varonil
Al sollo acosa y destruye,
De manera que el que huye
Se afrenta y tiene por vil.

"Pernas, licoyes, berdeles,
Golondrinos, aligotes,
Sabogas, cabras, jureles,
Lenguados y mijarotes,
Bonitos y sabuneles.
Cuebras, durdos, gallarones,
Safios, mielgas, perlones,
Masopas, picones, breccas,
Doradas, urtas, fanecas,
Taladras, bogas y ostiones.

"La trucha gorda y bozal,
Y, dando envidia al Hidaspe,
El robalo de cristal,
La pintarroja de jaspe
Y el cangrejo de coral.
Dale el mero regalado,
El camarón colorado,
El desabrido cazón,
Con el sábalo glotón
Y el calamar plateado.

"Langostines, tapas, luzas,
Gagos, abucios, toninas,
Machuelos, lampas, meluzas,
Barbarines y corbinas,
Esquilas y bacalluzas.
Muergos, chirilas, bermejuelas,
Cambaros, escaronelas,
Ostras, arañas, langostas,
Serranos, mustos y tustas,
Chelvas, congrios, lampregüelas.

"El muble, almeja y toíno,
El rubio, la azul caballa,

El gallo y mulo marino,
Y el atún, en quien se halla,
Vaca, ternera y tocino.
Pargos, piscones, cabrillas,
Tollos, lizas, mojarrillas,
Y entre preciosos lirones,
Rayas, besugos, dentones,
Agujas, corbinatillas.

"El sapo, la jibia fea,
La murena, la acedia,
La sardina, la lamprea,
Y, en fin, cuanto el agua cría
Y entre su sal se pasea.
De aquesta infinita sarta
De peces, comé y aparta,
Sanlúcar lo suficiente,
Con que magníficamente
Mil pueblos mantiene y harta."

¿No era muy extremada aquella opulencia? Pues, con todo esto, por los años de 1624, cuando el rey don Felipe IV hizo jornada á Andalucía y fué á cazar al Bosque de Doña Ana, algo había en la abundantísima Sanlúcar—y ya lo verán los lectores en uno de mis artículos siguientes—todavía más generoso que aquella tierra y aquel mar: el señor de la una y capitán general del otro: don Mantel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, octavo duque de Medina Sidonia.

II

EL BOSQUE DE DOÑA ANA

Así se llamó en los siglos XVI y XVII la grande extensión de terreno que dicen ahora *Coto de Doña Ana*, ó *de Oñana*, pronunciado á lo campesino de Andalucía, y que se compone de las dehesas que en tiempos más remotos se llamaron del Carrizal y de la Higuera. Está situado, como ya sabemos, á la orilla derecha del Guadalquivir, y lo limitan y bañan por el Este el dicho río, el Océano por el Sur y el Oeste y una gran llanura marismeña por el Norte. Forma, pues, una península, unida á los terrenos de Almonte (Huelva), y aun por *ínsula* pasó para muchos: *la isla de caza del Duque* llámanla á veces en diversas relaciones antiguas. Tiene nueve leguas de longitud, su anchura varía desde dos hasta cinco, y en la actualidad su superficie pasa de 25.000 hectáreas, pues ha adquirido y agregádole algunos predios limítrofes el opulento jerezano don Guillermo Garvey, á quien pertenece la famosa finca desde el año postrero del pasado siglo.

En tres zonas ó porciones casi iguales en extensión consideraba dividido este gran bosque don Rafael Sánchez, autor de una relación muy curiosa que intituló *Una cacería en el Coto de Oñana*, y que, dada á luz en la *Revista Gaditana* por

los años de 1840, fué reimpresa cerca de medio siglo después, en tirada de cincuenta ejemplares numerados, por mi docto amigo el señor Duque de T'Serclaes, entendidísimo bibliófilo. La zona primera y más próxima al río es la más pintoresca y agradable. Cúbrenla pinos muy frondosos y su terreno está formado "de ondulaciones suaves y de pequeñas colinas llenas de verdor, de frescura, de voluptuosidad..." En vez del pavor y del asombro que causan otros panoramas notables, allí "se goza de la tranquilidad de una naturaleza apacible y sosegada, cuando, recostado sobre la base de una triple colina formada en anfiteatro, el cazador hiende con su vista los intersticios del arbolado, la retiene en la vasta planicie de las marismas, brillante con los rayos del sol como una sábana de azogue y de acero bruñido, divisa las risueñas alturas de Lebrija, y va á fijarla en el horizonte, donde se dibujan las sierras de Ronda, coronadas por la mole inmensa de la Cabeza del Moro".

De pronto, al llegar á la segunda zona, desaparece toda señal de vegetación. Aquello es un mar de arena, sin otro límite que el horizonte. El viento de Levante, que es el simún de aquella abreviada copia del gran desierto arábigo, amon-tona á su capricho aquella arena, ó la avienta y extiende. "Ninguna señal de vida aparece en este suelo: la huella del lobo y del venado, lo mismo que las pisadas del hombre, se borran en el momento mismo de imprimirse, y es de admirar el

instinto de los guías, así como su maestría en atravesar terrenos donde ninguna señal fija permanece mucho tiempo." La tercera zona ó porción es la menos interesante. Es una vasta llanura poblada de arbustos y en la cual, de trecho en trecho, elevan sus amplísimas copas algunas encinas seculares, que defienden con su grata sombra de los rigores del sol estival.

Por lo tocante á la fauna del Bosque, el autor de la relación mencionada afirmó que no había parque real en Europa que tuviese tanta variedad de caza como aquél tenía en su recinto: jabalíes, así *serranos* ó de la tierra, como procedentes de la Costa Firme americana; venados y ciervos que se reproducían en grado asombroso, gracias á la prohibición de tirar á las hembras; el gato montés, el clavo y el cerval, ó el linco, el último de los cuales "se distingue por su magnitud, que llega á ser como la de un perro de presa, por la hermosura de su piel rubia, manchada graciosamente de negro, por la ligereza de sus movimientos, por su astucia y por el brillo penetrante de sus ojos. Si tuviese la cola larga, podría tomarse por un hermoso tigre..." También abundan el lobo, la zorra, el tejón, los melones ó meliones y otras alimañas, todo ello amén de los conejos y liebres y por lo que toca á los mamíferos. "La ornitología no es menos rica y variada: además de la perdiz, la becada y el sisón, acogen las lagunas una prodigiosa reunión de patos, gansos, zarzaretas y otras aves acuátiles. Los cuervos forman columnas que

oscurecen el sol. En la laguna de Santa Olalla, próxima al palacio, se ven los cisnes nadar con graciosos y gallardos movimientos..." De perdices, codornices, tórtolas, palomas torcaces, un sin fin; y entre las aves no comestibles, el milano y las águilas, desde la real hasta la enana, así como la urraca, la moñuda y la picaza. Y en la laguna mencionada, y en otra que llaman la Retuerta, se reproducen prodigiosamente el galápago y la tortuga.

La flora es variadísima. Además del pino, la encina y el alcornoque, abundan, formando apretadas manchas inaccesibles al hombre, y que sirven de abrigo y defensa á la caza mayor, los brezos, lentiscos, sabinas, enebros y otros cien linajes de arbustos. Una grande extensión del suelo está poblada de montes blancos, que la gente del país llama *saguazales*, y en los cuales, en lo tierno de ellos, tienen sabrosa comida las reses cervunas. Abundan también las plantas aromáticas, tales como el romero y el almoradux, y, lejos de ser escasa de aguas esta admirable *península*, tiénelas acá y allá, de grato sabor y exquisita finura, como que les sirve de filtro limpia y menuda arena. En resolución, la Omnipotencia divina ha juntado y como hermanado allí maravillosamente el calidísimo desierto de la Libia y los deliciosos valles de la Orotava.

El muy erudito y ameno escritor que se engalana, pero que no se encubre ni oculta, con el popular seudónimo de *El Doctor Thebussem* (porque ya este seudónimo no es capuz, sino corona),

sacó á la luz pública en *La Ilustración Española y Americana* (1907) una bien curiosa monografía que intituló *Coto de Doña Ana*, y que ha reproducido poco ha en su *Quinta ración de artículos*. Allí, sobre esbozar la *bibliografía* del Coto, dió á conocer una carta en que el tercer duque (1495) pidió á su ciudad de Medina Sidonia que hiciese coger y le enviase algunos enodios, "porque yo quiero—añadía—mandar echar en el *Bosque* que en esta mi villa de Sanlúcar mando hacer quantos ciervos y venados averse pudieren..." Extractó además una interesante escritura de venta de los conejos que hubiese "en el *Bosque* que se dice de doña Ana" (1599); pero esta pieccecita histórico-local la levanté yo en el selvático Archivo de Protocolos de Sevilla, aunque manos amigas se la hayan colgado del tahalí al Doctor, para que la luzca. Y como la mentira es muy de cazadores, quiero curarme en salud y probar mi verdad. En la página 257 de mi libro *Pedro Espinosa*, premiado por la Real Academia Española en 1904 y acabado de imprimir á 2 de Enero de 1907, ó sea meses antes de publicar su artículo el Doctor, hallará el curioso tal prueba, pues dije allí, en una nota á que muy luego he de volver á referirme: "Para dar idea de la mucha caza menor que en el *Bosque* de Doña Ana había, extractaré una antigua escritura: en 16 de Julio de 1599 el capitán Antonio de Silva, en nombre de nuestro don Manuel, á la sazón Conde de Niebla, vendió á Alonso de Ribera y á otros dos recoveros de Sevilla, en la collación

de San Isidro (seguramente moradores en la calle de la Caza, una de las tres cosas que el Rey tenía por ganar en Sevilla, según dice Cervantes en el *Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza*), "toda "la caza de conejos que hubiere y se cazare en el "Bosque que su señoría tiene, que se dize de doña "Ana, á las rrosinas", desde el 20 de Julio hasta el 20 de Noviembre del dicho año, veinte días más ó menos, á la voluntad del Conde. Entre las condiciones estipuladas figuraban las siguientes: "Que su señoría ha de dar en la temporada hasta "ocho mil conejos, ó más, quantos su señoría die-"re"; que los recoveros los habían de pagar al contado, á medida que los fuesen recibiendo, á tres reales cada par; que no se había de cazar los jueves ni las vísperas de vigilia, y que, habiendo gazapos *magallones*, pasasen tres por dos conejos. (*Archivo de Protocolos de Sevilla*, Diego de la Barrera, libro 2.º de 1599, folio 667.)"

Por los dos citados documentos se echa de ver, y ya el *Doctor Thebussem* cuidó de advertirlo, que el nombre de *Doña Ana* se le dió al Bosque después de la fecha del primero (1495) y antes de la del segundo (1599). Mas ¿de qué doña Ana se denominó así? El Doctor cree que de doña Ana de Aragón, mujer de dos de aquellos próceres: de don Alonso y de don Juan, hermanos, duques quinto y sexto; la que tuvo por paje al endiablado novelador Feliciano de Silva, tan justamente vapuleado por Miguel de Cervantes. Pero con tan buenos y aun mejores motivos puede creerse que

la doña Ana cuyo nombre dieron al Bosque fué doña Ana de Silva y de Mendoza, hija de los Príncipes de Éboli y mujer de don Alonso, el séptimo duque, con quien casó en esta villa y corte el día 4 de Marzo de 1574. Este duque, de nada feliz memoria, que, según acertada frase de su mujer, "no era hombre para el mar ni para la tierra", y á quien, por la pérdida de la famosa armada *Invencible*, llamaron *el dios de los atunes*, aludiendo á que era dueño de las almadrabas y tan cobarde como los atunes mismos, murió en 1615, y á él y á doña Ana se había referido en 1612 fray Pedro Beltrán, en la interesante genealogía poética de aquella familia:

"Ya se casa con doña Ana
De Silva y Mendoza, hermana
En dominio, de la Luna;
En dicha, de la Fortuna,
Y en discreción, de Diana.

.....
Silva en ser franca y vistosa,
Y *silva* en ser fructuosa,
Y *silva*, en fin, do plantó
Cuantas flores inventó
La naturaleza hermosa."

Á doña Ana aludí yo en la precitada nota de mi libro, cuando escribí las siguientes palabras: "De la historia y las tradiciones de este bosque podría hacerse un opúsculo muy curioso: alguna de ellas está directamente relacionada con las referencias que hizo Cervantes en el *Quijote* (parte I, capítulo XVIII) á la sin par *Miulina*, hija del duque *Al-*

feñiquén del Algarbe, y á Espartafilardo del Bosque, duque de Nerbia." De todo esto trataré muy despacio en el estudio histórico-literario que he de intitular *Timonel de Carcajona y Espartafilardo del Bosque* (cabalmente ofrecido al Doctor *Thebussem* más de cuánto ha); porque es el caso que, ó todos mis calendarios mienten, ó con estas denominaciones aludió Cervantes, con burlona ironía, al gran *timonel* ó general, "siempre vencedor y jamás vencido", de la infeliz armada antedicha, casado con una hija del alfeñiquesco portugués Ruy Gómez de Silva, y al hijo primogénito de aquella unión, al Conde de Niebla (que allá se va este título con el fantástico de *Duque de Nerbia*) y dueño del *Bosque*, don Manuel Alonso Pérez de Guzmán, que era recio y gigante de alma; pero en lo demás, como un *hilo de esparto*, por lo cual le llamó Góngora:

"...en sangre agosto,
Si en miembros no robusto."

Y ya puesto á indicar algo, recorreré un poquito más el velo que ha encubierto hasta ahora aquella alusión de Cervantes, examinando una frase cervantina en que con toda propiedad puede decirse que *hay gato encerrado*. ¿Quieren saber mis lectores á qué apuntó el Príncipe de los Ingenios Españoles con aquello de decir que *Timonel de Carcajona* llevaba en su escudo "un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama,

que, según se dice, es la sin par *Miulina*, hija del duque *Alfeñiquén del Algarbe*"? Pues apuntó á que en el *Bosque* que llamaron de *Doña Ana* por esta doña Ana de Silva, había... Pero no os lo voy á contar yo, que podría pareceros algo sospechoso, como interesado en sacar en palmitas mi aserto: os lo va á contar Lope de Vega—¡casi nadie!—, tal cual lo escribió en su comedia *El desprecio agradecido*, como una conseja acerca del *Bosque*, popularísima en los tiempos del autor de *El Ingenioso Hidalgo*:

"En el monte de Sanlúcar.
Que mira verdes cabellos
De sus pinos en las aguas
Del mar de España soberbio,
Cuando parten á las Indias
Los navegantes modernos,
Que, codiciosos del oro,
No ven los peligros ciertos,
Hay un gatazo, señor,
Que, sentado en uno de ellos,
Está diciendo: "*Tornau,*
"Tornau", sonando los ecos
En las naves, con que muchos
Se desembarcan de miedo."

¡Este, á no dudar, era el gato del escudo del gran *Timonel*! ¡Ésta la letra *miau*, principio del nombre de su dama! ¡Y ésta es la perdurable nombradía de aquel gran bosque, que muchos siglos después de haber contribuído—nada menos que con el sol—á dar fama y nombre á Sanlúcar (en lo antiguo, *Solluco*, de *solis* y *lucus*, bosque sagrado), mereció figurar, con una de las consejas referen-